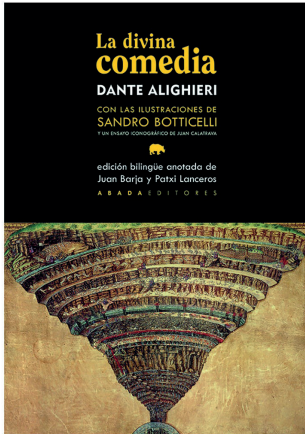


La divina comedia

DANTE ALIGHIERI

edición bilingüe anotada de Barja, J. y Lanceros, P.,
Madrid, ABADA, 2021, 1.606 páginas.



En inmensa y merecida oleada (salvo deshonrosa excepción), la geografía europea se ha colmado de múltiples homenajes a Dante en el séptimo centenario de su muerte. Multiplicidad cuantitativa y cualitativa: teatro, recitales, pintura, ... ante la que dos autores de talla de Juan Barja y Patxi Lanceros, ciñéndose bien el cinturón y ofreciendo su cansancio (en forma de sudor y, sobre todo, de lágrimas) y su tiempo (en forma de dedicación, y, sobre todo, de renunciaciones), han respondido optando por una de las más difíciles formas de reconocimiento y recuerdo del poeta; una nueva traducción de su obra magna: *La divina comedia*.

Me consta, tanto por la mera lectura de las notas y comentarios que (se) exceden (en mucho) las 300 páginas, como por las conversaciones que con el segundo de los autores he mantenido, que no han escatimado en nada; ni siquiera en algo tan secundario como la propia salud: *la obra lo es todo* cuando se trata de una obra que lo es *del todo*.

Pues, en efecto, *La divina comedia* recoge la totalidad del mundo tal y como le era dada al poeta, distribuida en los tres ejes que vertebran este clásico de las grandes letras y que, en su tiempo (y si leemos bien ... probablemente hasta el nuestro) cartografiaban *lo decisivo* que, en último término, podía ser vivido: *Infierno, Purgatorio, Paraíso*. En equilibrada extensión de Cantos... *y en ese Orden*.

¿El resultado? Una magnífica (más bien titánica) edición que exhibe una lograda coalición entre un *rigor deontológico* que cuida los mínimos (en este caso... ya de por sí excesivos) propios de una buena traducción, y un *virtuosismo* que apunta a la excelencia más allá del texto. ¡Eso sí! *con* el texto; *por* Dante; pero, sobre todo, *por* el texto.

Al rigor deontológico de los editores (mejor llamémosles, desde ya, por su dantesco nombre: *creadores*) le debemos, por un lado, la cuidada traducción y su disposición formal: se renuncia a la traducción literal y se abraza el verso blanco para transmitir la verdad poética del original, inseparable de su prosodia. Por esta misma razón se disponen al final todas las notas y comentarios y se prescinde de las introducciones habitualmente colocadas al comienzo de cada Canto. Nada de interrupciones.

Pero es sin duda en el *virtuosismo* de máximos en lo que la reseña debe detenerse. Y es que nos encontramos ante una edición que, ciertamente, “repite” la obra de Dante, pero al mismo tiempo la recrea, yendo mucho más allá de lo que al género traducción corresponde y se le exige. Tres aportaciones definen tal *excelencia*: los ensayos introductorios, las ilustraciones de Botticelli y el inmenso aparato crítico.

Desde una óptica diferente pero complementaria, Patxi Lanceros y Juan Barja nos ofrecen una introducción *sui generis*: el primero (más bien) sobre el poeta; el segundo sobre su poesía. Bajo el título “Un hombre solo”, Lanceros nos invita a leer la *Commedia* desde el prisma de la vida dantesca; una vida de renunciaciones, de exilios y de éxodos a los que Dante responde con su poema (tentado esta uno de escribir “con El Poema”). Sin duda la historia personal del florentino (inseparable de la política y la cultural) admite ser dibujada como un camino ascendente (sin excluir sus reversibilidades) desde el *infierno* de esas más o menos forzosas despedidas - de las que el alma del creador trata de *purgarse* - hasta el único atisbo que del *paraíso* (cuya paz siempre es prometida, di-ferida) le es dado disfrutar al ser humano *mientras vive*: el del reflejo (que admite escasa, pero alguna memoria) de la Luz eterna (que *sólo en sí misma reside*, nunca en nosotros: *Paraíso*, XXXIII,147) al que accedemos en las creaciones (en las poéticas) de nuestra *fantasía* (*Paraíso*, XXXIII,171). Juan Barja sentencia este viaje ascendente e incierto de la creación poética de Dante en su evocador y esquivo ensayo “Stair to Heaven”. Diferentes tiempos (cualificados) de una existencia, real y poética, forjan como resultado una cosmovisión que en la

obra final se encuentra *proferida*: siempre *ofrecida y acabada*, en la completa recogida que de Dante y su mundo es la *Commedia*; y siempre *proyectada* (*proferir* supone también la acción de “llevar hacia delante”, nos recuerda Barja). Proyectada hacia nuevas (re)creaciones que traten de purgar las experiencias infernales sufridas hacia formas paradisíacas prometidas, lo decisivo de *La divina comedia* es el imaginario concreto y extenso que aporta a la reflexión sobre la experiencia antropológica (me abstengo, por poco, de decir universal) de esa dialéctica que subyace al proceso creativo: *infierno-purgatorio-paraíso*. No sólo Led Zeppelin¹; cualquiera ha buscado, alguna que otra vez, una *escalera hacia el cielo*.

Dante dibuja ese (posible, inseguro) ascenso con precisión; lo diseña al detalle. Pero la obra (Barja *dixit*) nos lleva hacia adelante; generación tras generación, sobreviviéndonos y recreándose más allá de la palabra del florentino en la interminable historia de su recepción. Por eso resulta un magnífico cierre de la introducción el ensayo de Juan Calatrava *Ut poesis pictura*: un repaso extenso por la *storia (prima, secunda)* que, por derecho propio, forja la iconografía producida para ilustrar o recrear el clásico: desde el manuscrito llamado *Dante Poggiali* (1330) hasta la propuesta de Miquel Barceló (2002). Y suma... y sigue. De entre esta historia, los editores han recuperado las ilustraciones de Sandro Botticelli, dispuestas con una alta calidad de impresión al final de cada Canto. Segunda decisión (y estrategia) sin duda acertada. Probablemente virtuosa.

La última opción excelente ha resultado ser, sin duda, la más infernal (por tortuosa) para los autores: las notas y comentarios que con erudita profusión concluyen (y la “conclusión” se extiende en más de 300 páginas) esta preciosa edición. Todo el mundo hará bien en atender a este abrumador aparato crítico. Para la mirada filosófica es, no obstante, obligatorio. Pues allí se recoge, *sotto voce* (o no tanto) un conjunto de trazos que apuntan tanto a una *filosofía de la creación*, como a una *filosofía del tiempo*. Baste una muestra debida al profesor Lanceros: “Interesa destacar que el purgatorio, novedad doctrinal ya en vida de Dante, era un territorio inexplorado; y uno cuya cartografía faltaba casi por completo. Si Dante puede citar precedentes de viajes infernales (sea a infiernos paganos o ya cristianos), y de ascensos más o menos visionarios al paraíso, el purgatorio es, sin embargo, *terra incognita*. Cierto es que la originalidad de Dante es notable, incluso sobresaliente, a lo largo de toda la *Commedia*. Pero en el purgatorio, esa originalidad crea tintes de verdadera creación. Otra idea es importante resaltar: si el infierno y el paraíso son espacios, y espacios ya clausurados en cierto sentido... el purgatorio es, esen-

¹ Renuncio a saber si el título de Barja alude al clásico de la banda británica, prácticamente homónimo: *Stairway to heaven*. Porque la asociación me seduce. Y no estoy dispuesto a una (posible) respuesta negativa.

cialmente, *tiempo*. Tiempo y, por ello, actividad: camino, oración, plegaria, trabajo, dolor purificación, ceremonia; todo ello orientado a la redención (*e di salir al ciel diventa degno*).²

Setecientos años de la muerte de un poeta cuya obra capital estructuró (creó) una cosmovisión sobre su época y, con ella, toda una *poética* y una filosofía del *tiempo* recogida en tres *espacios*. *Tiempos filosóficamente decisivos, espacios poéticamente dramáticos*: los que definen el valor de las opciones vitales cuando llegan a su límite, a su *fin*; lo vivido según su *finalidad*, según el *final* de cada vivencia, según el *fin* de la vida. *Tiempos decisivos y espacios dramáticos* en los que se desenvuelve algo tan frágil y tan absoluto como *la divina comedia* que es nuestra vida, *al fin* y al cabo: con sus múltiples infiernos; sus dilatados purgatorios. Y en búsqueda obstinada (por eso mismo cómica) de una escalera hacia el cielo.

La divina comedia nos ofrece escalones sugerentes (eso sí... en círculo) en los que detenernos por momentos (largos... muy largos) para pensar y, sobre todo, imaginar, antes de seguir rodando y girando en torno a ese reflejo de la Luz eterna que, seamos o no creyentes, nos hace seguir *creyendo* - en recurrente purgatorio y a pesar de tanto infierno- en la posibilidad del paraíso: “el impulso del amor” que sin duda *nos mueve* (*Paraíso*, XXXIII, 174). *Inquietum est cor nostrum*...confesaba San Agustín en vida (ahora en el cuarto cielo). El amor como lo primario; como el primer motor. Desde el *principio* hasta el *fin*. Desde el *primero* que experimentamos (Beatriz nunca dejó de estar en Dante), es su impulso lo que sin duda nos mueve... hasta el *final*; *hacia el Fin*. Definitivamente *gratuito*; al menos no del todo dependiente del mérito o demérito y, desde luego, independiente de nuestra soberbia voluntarista y causal. Por ello, lleno de *gracia*, *gracioso*. E *interminable*, generación tras generación; a pesar de las renunciaciones, del desamor e incluso por encima del rechazo. Así es el amor. *Gracioso y eterno*: la *divina comedia* de nuestra *vida*... *al fin* y al cabo. Sea ese amor Dios o no; exista Dios o no. *Mueva o no*, ese mismo Amor, *el sol y las estrellas*.

JONATAN CARO REY

² Dante Alighieri, *La divina comedia (con las ilustraciones de Sandro Botticelli y un ensayo iconográfico de Juan Calatrava)*, edición bilingüe anotada de Barja, J. y Lanceros, P., Madrid, ABADA, 2021, p. 1395.